

COCINA

El humo busca huecos, el humo necesita espacio y sopla al aire queriendo encontrar su sitio. La luz de las últimas chispas del fuego besa los rayos del sol que se adentran a través de la pequeña ventana.

Es mediodía, y hoy hace buena temperatura. Hace un día precioso, pero eso no se nota en la oscuridad gris de la cocina. Kattalin acaba de llegar desde el riachuelo que pasa allí abajo. El caldero ya está preparado al fuego.

Pronto llegará Martintxo de jugar fuera, vendrá contando historias, sabes ama, sabes ama. Hoy también habrá andado cazando pajaritos, tiro por aquí, tiro por allá. Ya le dice Kattalin, que deje en paz a los pobres pajarillos, que son canto, que son dulce canto, que alegran oídos, pero... Domingo, su padre, le incita, le provoca diciéndole, así sí y así mejor. Le pregunta a ver cuántas ha tirado.

Pero hoy no ha venido brincando de alegría, hoy Martintxo ha venido cabizbajo, ha entrado cabizbajo en la cocina, como si quisiera enredar todos los humos encima de su cabeza. Martintxo se ha metido bajo las faldas de su madre, y tras secar una lágrima y dos lágrimas, Kattalin le ha revuelto los cabellos de su cabeza. Una caricia, dos caricias...

- Ama, ¿qué es la escuela?
- Escuela... escuela... La escuela es el mundo, Martintxo.
- Ama, yo no quiero ir al mundo. Yo estoy bien en Igartubeiti.

Kattalin remueve la comida con el cucharón grande de madera que le regaló su madre.

- El mundo te abrirá nuevas ventanas. Desde Igartubeiti, Martintxo, se ve muy poco. No se ve casi nada.

Y en ese momento ha entrado Domingo en la cocina. Se ha escuchado una tos, se han escuchado dos toses entre los humos de la cocina y tras sentarse en el escaño ha dicho:

- Martintxo, en el barrio Anduaga abrirán una escuela. Ya verás, en la escuela conocerás el mundo.

Y Martintxo ha empezado a llorar otra vez, que no y que no, que él no quiere ir a la escuela, que el mundo es demasiado grande y que se perderá.

- Aita, además, en el mundo no hay pajarillos como aquí en Igartubeiti.